

H. C. Andersen.

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

# El cuento de mi vida\*

por H.Ch. Andersen

*En El cuento de mi vida sin literatura, Hans Christian Andersen (1805-1875) recrea parcialmente las diferentes etapas de su trayectoria tanto humana como artística. Editado por primera vez en 1847 en alemán, el libro se ampliaría notablemente para la versión danesa publicada doce años más tarde. A continuación les ofrecemos una selección de los pasajes más sobresalientes de dichos escritos autobiográficos, en los que se trasluce la infrecuente y complicada personalidad del escritor danés.*

Andersen en 1845.

INFORMACIONES DANESAS, COPENHAGUE: MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES, 1975.

8

CLIJ44

**M**i vida es un bello cuento, ¡tan rica y dichosa! Si de niño, cuando salí a recorrer el mundo, solo y pobre, me hubiese salido al paso un hada prodigiosa que me hubiera dicho: «Escoge tu camino y tu meta, que yo te protegeré y te guiaré conforme a las facultades de tu entendimiento y conforme es razón que se haga en este mundo», no pudiera mi suerte haber sido más feliz. [...]

En el año 1805 vivía en Odense, en una habitación pequeña y pobre, una pareja de recién casados que se querían muchísimo; eran un joven zapatero y su mujer; él tenía apenas veintidós años, una inteligencia asombrosa y un temperamento poético de verdad; ella era unos cuantos años mayor, ignorante de la vida y del mundo, pero de gran corazón. El hombre acababa de establecerse por su cuenta como maestro zapatero y él mismo se había fabricado el taller y la cama de matrimonio, utilizando para ello unas tablas de madera donde poco antes había estado expuesto el ataúd con los restos del difunto conde Trampe; como recuerdo habían quedado las listas de tela negra que adornaban el catafalco.

El 2 de abril de 1805, en lugar del cadáver del conde, rodeado de flores y candelabros, nos encontramos allí berreando a un niño lleno de vida, y ese niño era yo, Hans Christian Andersen. [...]

### La infancia en Odense

El hogar de mi infancia lo constituía una sola habitación de reducidas dimensiones que llenaban casi por completo el taller de zapatero, la cama y el banco donde yo dormía. Pero las paredes estaban cubiertas de cuadros, sobre la cómoda había bonitas tazas, cristalería y otros objetos de adorno y del lado del taller, arrimada a la ventana, una estantería con libros y canciones. [...]

Yo era hijo único y muy mimado.



Andersen en 1874, fotografía de Georg E. Hansen.

Mi madre no se cansaba de repetirme la suerte que había tenido, comparado con ella. ¡Pero si vivía como un príncipe! A ella de pequeña la mandaban sus padres a la calle a pedir limosna, y como no podía, se había pasado un día entero llorando debajo de un puente del río de Odense. Yo, con mi fantasía de niño, me la imaginaba como si la estuviera viendo y lloraba de pensarlo.

Mi padre, Hans Andersen, me consentía siempre que hiciera lo que quisiera; yo era el dueño de todo su cariño, vivía para mí y por eso los domingos empleaba todo su tiempo libre en hacerme juguetes y cuadros. Muchas tardes nos leía *La excéntrica*

de Lafontaine, Holberg y *Las mil y una noches*; sólo en esas ocasiones, leyéndonos, recuerdo haberle visto sonreír, pues no era feliz ni en su trabajo ni en su vida. [...]

Uno de mis primeros recuerdos, tan insignificante de por sí pero para mí tan importante por la fuerza con que se quedó grabado en mi alma infantil, fue una fiesta familiar. Y no os imagináis dónde. Pues nada menos que en un lugar que yo miraba con el mismo espanto con el que me imaginó que un niño parisino habrá mirado la Bastilla: el penal de Odense. Mis padres conocían al portero, estaban invitados a una reunión familiar y yo fui con ellos. Era todavía tan peque-

# HANS CHRISTIAN ANDERSEN

ño que al volver a casa tuvieron que llevarme en brazos. El penal de Odense era para mí una especie de esas guardias de bandidos y ladrones de los cuentos. Muchas veces me había quedado parado fuera, a gran distancia

naturalmente, y había oído cómo cantaban hombres y mujeres mientras hilaban en la rueca. [...]

En los días de mi infancia, Odense era una ciudad muy distinta de lo que es ahora, que aventaja a Copenhague

en alumbrado, agua potable y Dios sabe cuántas cosas más; por aquel entonces yo diría que llevaba cien años de retraso; se estilaban todavía una serie de usos y costumbres que ya hacía tiempo que se habían perdido en la capital. [...]

El lunes de carnaval los carniceros recorrían las calles con un buey cebado adornado con guirnaldas de flores; montado a su lomo iba un chico con una camisa blanca y unas alas. En cuaresma los marineros salían también por las calles con música y todas sus banderas, y al final los dos más valientes echaban una pelea en un tablón tendido entre dos barcas. El que no caía al agua era el ganador.

Pero el recuerdo que más claramente se me quedó grabado en la memoria, avivándose cada vez que de ello se habla, es la llegada de los españoles a Fionia en 1808. Dinamarca se había aliado con Napoleón, a quien Suecia había declarado la guerra, y antes de que se pudiera uno dar cuenta, teníamos en Fionia un ejército francés y tropas auxiliares españolas para marchar a Suecia bajo el mando del mariscal Bernardotte, Príncipe de Pantecorvo. No tendría yo entonces más de tres años, pero todavía me acuerdo muy bien de aquellos hombre oscuros que iban por la calle haciendo estrépito y de los cañones que disparaban en la plaza y delante del obispado. [...] Se comentaba que los soldados franceses eran altaneros, los españoles, en cambio, bondadosos y amables; se tenían un profundo odio los unos a los otros; los pobrecillos españoles eran los que daban más lástima. [...]

Tan viva impresión como la de los españoles a mis tres años, me produjo más tarde otro acontecimiento a la edad de seis. Fue el paso del gran cometa en 1811; mi madre me había dicho que iba a hacer añicos la tierra o que se acercaban cosas horribles, como ponía en las *Profecías de la Sibila*. Yo daba crédito a todas aquellas habladurías supersticiosas, que para



MABEL LUCIE ATTWELL, FAIRY TALES FROM HANS ANDERSEN, LONDRES: PAVILION, 1992.

mí valían tanto como los preceptos más sagrados de la fe. Desde la plaza que hay delante del cementerio de San Knud, mi madre, yo y unas vecinas estuvimos viendo pasar la tan temida e impresionante bola de fuego con su gran cola brillante. Todos hablaban de malos presagios y del Día del Juicio. [...]

La abuela venía a casa de mis padres todos los días, aunque sólo fuera un ratito, y era sobre todo por ver a su nieto, el pequeño Hans Christian. Yo era toda su alegría y felicidad. Era una anciana silenciosa y encantadora, de dulces ojos azules y buen porte. Había padecido mucho en esta vida. De ser la mujer de un agricultor rico había pasado a la mayor pobreza. Vivía con el marido perturbado en una casita que se habían comprado con los últimos residuos de su fortuna. [...]

Al abuelo loco le tenía mucho miedo. Sólo me había hablado una vez y me había llamado de usted, cosa tan rara para mí. Tallaba en madera figuras extrañas: hombres con cabeza de caballo, animales con alas y pájaros raros. Los metía en una cesta y se iba por los pueblos; en todas partes los campesinos le daban de comer y hasta grano y tocino para llevarse a casa, a cambio de los extraños juguetes que les regalaba a ellos y a sus hijos. [...]

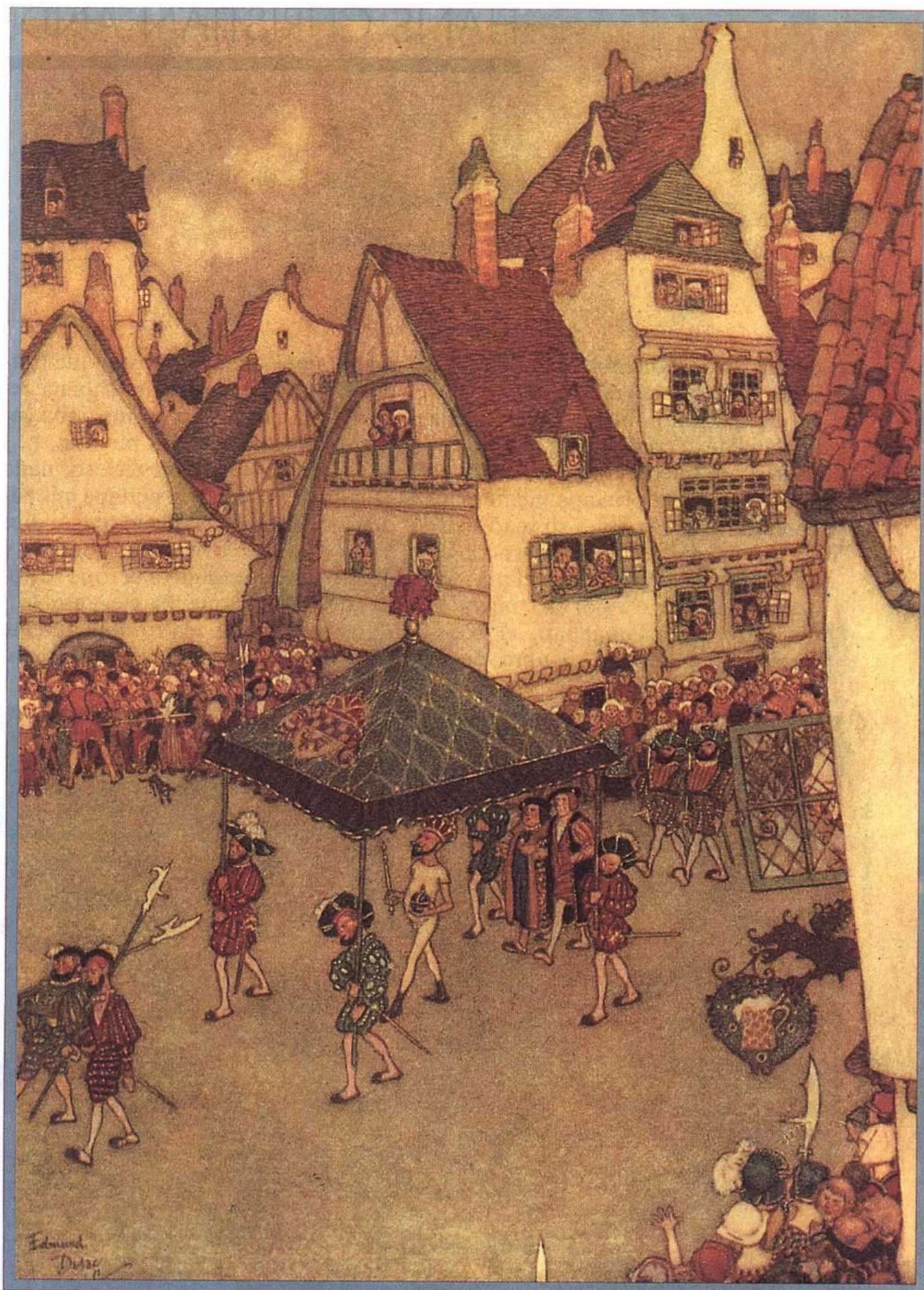
### Un niño solitario y soñador

Casi nunca me juntaba con los otros chicos, ni participaba en sus juegos en la escuela, sino que me quedaba sentado dentro; en casa tenía juguetes de sobra, que me había hecho mi padre; tenía cuadros que cambiaban de figura con sólo tirar de un cordón, una noria que cuando se accionaba se ponía a bailar el molinero; tenía un cosmorama y graciosos tentetiesos. Además me encantaba hacer ropa a los muñecos o sentarme en el jardín al pie de la única mata de grosellas, con el delantal de mi madre tendido del palo de la escoba entre el

arbusto y la tapia. [...] Era un niño singularmente soñador y andaba a menudo con los ojos cerrados, con lo que la gente terminó creyéndose que estaba mal de la vista, cuando precisamente la he tenido y sigo teniendo asombrosamente buena.

Una vieja maestra, que daba clase de párvulos a niñas, me enseñó las letras y a leer de corrido. Se sentaba en un sillón de respaldo alto al pie del reloj, que tenía unos muñecos mecánicos que, al dar las horas, salían a hacer su representación. La maestra tenía a mano un gran escobón y no

se cohibía en hacer uso de él con sus alumnos, que principalmente eran niñas pequeñas. Era costumbre en la escuela decir las sílabas a coro, gritando todo lo que se podía. A mí la maestra no se atrevía a tocarme; mi madre había puesto expresamente esa condición al traerme a la escuela. Por eso un día que me dio a mí también con el escobón, me levanté volando de mi sitio, cogí mi libro y me marché directo a casa con mi madre. Exigí que me llevara a otra escuela y así lo hizo. Mi madre me metió entonces en el colegio de chicos del señor Carsten, a



EDMUND DULAC, FAIRY TALES FROM HANS ANDERSEN, LONDRES: PAVILION, 1992.

# HANS CHRISTIAN ANDERSEN

donde no obstante iba una niña muy pequeña pero algo mayor que yo. Enseguida hicimos buenas migas; ella hablaba de lo conveniente que era encontrar un buen empleo y decía que iba a la escuela principalmente para aprender cuentas, pues su madre decía que así podría llevar la lechería de una gran finca. [...] Yo era el más pequeño del colegio y por eso, mientras los otros chicos jugaban, el señor Carsten me llevaba siempre de la

mano, para que los otros no me tiraran al suelo. Me quería mucho, me regalaba pasteles y flores, me daba cachetes cariñosos en las mejillas. [...]

Salí piadoso y supersticioso; nada echaba de menos, que aunque mis padres no tenían más que lo que se dice lo justo, a mí me resultaba sobrado y abundante; en cuanto a la ropa se podía decir hasta que iba elegante. [...] Odense tenía su teatro sólidamente edificado, mandado hacer en su tiem-

po, creo, para la compañía del conde Trampe o del conde Hahn. Las primeras funciones a las que asistí eran en alemán. El director se llamaba Franck y ponía óperas y comedias; la pieza favorita del público era *La sirena del Danubio*; la primera representación que yo vi fue *El polícastro* de Holberg, adaptada para la ópera. No consigo recordar quién puede haber sido el autor de la música, lo que es seguro es que habían hecho una adaptación en alemán del texto. Por lo demás la primera impresión que el teatro y el público me produjeron no era como para pensar que tuviera yo algo de poeta. Según mis padres, lo primero que dije al ver el teatro y los muchos espectadores, fue: «Anda, que si tuviéramos tantos cuarterones de manteca como gente hay aquí, ¡menudo atracón que me iba a llevar!». Y, sin embargo, el teatro se convertiría pronto en mi gran pasión, pero como no podía ir más que una vez cada invierno, me hice amigo de Peter Junker, que era el que llevaba los carteles, y él me daba el cartel del día, a cambio de que me comprometiera a repartir los últimos que quedaban en mi barrio, tarea que yo cumplía escrupulosamente. Si no podía ir al teatro, al menos podía sentarme en casa en un rincón con mi cartel e inventarme mi propia obra con el mismo título y los mismos personajes; sin saberlo estaba haciendo mi primera obra literaria. [...]

Mi padre no se trataba casi con nadie; prefería pasar el tiempo libre a solas o conmigo en el bosque. Su mayor deseo era vivir en el campo y daba la casualidad de que en una de las grandes fincas de Fiona se buscaba un zapatero, que habría de establecerse en el pueblo de al lado y que tendría derecho a casa, un pequeño huerto y pasto para una vaca; con esto y con el trabajo asegurado de la finca debería poder salir adelante. Mi padre y mi madre soñaban con la idea; a mi padre le encargaron un trabajo de prueba: le mandaron de la finca un peda-



Louise, hija menor de Jonás Collin, bienhechor de Andersen.

zo de seda, él tenía que poner el cuero y hacer un par de zapatos de baile. [...].

Las salidas de mi padre al bosque se hicieron cada vez más frecuentes; no tenía un momento de calma. La guerra en Alemania, que seguía con la máxima atención, era lo que más le interesaba por aquel entonces. Su héroe era Napoleón, la forma en que había llegado a la gloria le parecía digna de ser imitada. Dinamarca se alió entonces con Francia, no se hablaba de otra cosa que de la guerra y mi padre se alistó en el ejército con la esperanza de volver a casa de teniente. [...]

La mañana en que partía la compañía de mi padre, le oí cantar y hablar muy animado, pero por dentro estaba muy conmovido; lo noté por la fuerza con que me besó al despedirse. Yo estaba en cama con sarampión y me quedé solo en el cuarto cuando se oyó el redoble de tambores y mi madre salió a acompañarle llorando hasta las puertas de la ciudad. [...] Es una de las primeras mañanas de dolor que recuerdo.

Pero el regimiento en el que servía mi padre no pasó de Holstein. Se firmó la paz y el guerrero voluntario regresó a su taller. Todo parecía volver a la normalidad. [...]

Su salud había sufrido mucho con las marchas, a las que no estaba acostumbrado, y la vida de campaña. Una mañana se despertó delirando, hablando de campañas militares y de Napoleón; se imaginaba recibir órdenes suyas y dar instrucciones a la tropa. [...]

Tres días más tarde moría mi padre. [...]

Le enterraron en el cementerio de San Knud, al pie de la puerta lateral del lado izquierdo del altar. [...]

A partir de la muerte de mi padre me quedé como quien dice abandonado a mi propio albedrío; mi madre iba a lavarle la ropa a la gente, yo me quedaba solo en casa con el teatrillo que mi padre me había hecho, hacién-



Andersen en 1845, pluma de J.G. Gertner.

dole ropa a los muñecos y leyendo teatro. Según me han contado, por aquel entonces yo era larguirucho y desgarrado, tenía abundante cabellera rubia, iba descubierto y casi siempre llevaba zuecos.

En la vecindad vivían la señora Bunkeflod, viuda del pastor, y su cuñada; me cogieron cariño y me invitaban a su casa; me pasaba con ellas el día entero. Fue la primera casa de gente culta en que hallé acogida. [...]

### Ser poeta

De ella [la anciana hermana de Bunkeflod] aprendí que el ser poeta era algo grande, maravilloso; allí leí también por primera vez a Shakespeare, en una mala traducción, bien es verdad; pero las aventuras emocionantes, los sucesos sangrientos, las brujas y los fantasmas que en ellas aparecían, era justo lo que a mí me fascinaba. Enseguida empecé a repre-

# HANS CHRISTIAN ANDERSEN

sentar las tragedias de Shakespeare en mi teatro de títeres. [...]

El hijo de la vecina trabajaba en una fábrica de paños y ganaba un pequeño sueldo a la semana; yo, en cambio, decían todos que sólo sabía hacer el vago. Por eso mi madre decidió que entrara también en la fábrica;

«No es por lo que gane —decía—, sino porque así sé dónde anda». [...]

Tenía yo por aquel entonces una voz de soprano muy alta y asombrosamente bonita que conservé hasta cumplidos los quince años. Sabía que a la gente le gustaba oírme cantar y cuando en la fábrica me preguntaron si sa-

bía cantar algo, enseguida me lancé y tuve mucho éxito. Los otros chicos, mientras, tenían que hacer mi trabajo. Después les dije que también sabía hacer teatro; me acordaba de escenas enteras de Holberg y de Shakespeare y me puse a declamarlas. [...]

Mi afición por la lectura, la cantidad de escenas dramáticas que me sabía de memoria y mi voz argentina y sonora despertaron una especie de interés por mí entre varias familias importantes de Odense, que me mandaron llamar, intrigadas por lo extravagante de mi personalidad. Entre las muchas personas a las que fui a ver, el coronel Høegh-Guldberg y su familia fueron los que dieron muestras de más sincera simpatía. [...]

Pasé entonces algún tiempo en casa, creciendo y convirtiéndome en un chico muy largo, al que, como decía mi madre, no se le podía dejar seguir haciendo el vago por ahí. Por eso empecé en la escuela de pobres.

Allí sólo se aprendía religión, a escribir y a hacer cuentas y ni siquiera bien; yo casi no había palabra en que no hiciera faltas; en casa casi nunca me estudiaba la lección, puede decirse que me la aprendía en el camino de la escuela a casa y mi madre presumía de mi extrema facilidad. [...]

Iba a cumplir los catorce años y mi madre tenía pensado que hiciera la confirmación para que pudiera entrar de aprendiz de sastre y me dedicara a algo de provecho. Me quería con toda su alma pero no comprendía mis deseos y ambiciones, aunque he de decir que ni yo mismo los entendía. [...]

El traje de confirmación me lo hizo una vieja costurera de la levita de mi difunto padre; a mí me parecía el traje más elegante que había llevado nunca y por primera vez en la vida me iba a poner botas; me hacía una ilusión tan enorme que temía que la gente no se diera cuenta de que eran botas, así que me metí los pantalones por dentro para entrar en la iglesia. [...]

El verano antes de mi confirmación



H. CH. ANDERSEN, CHRISTINE'S PICTURE BOOK, LONDRES: KINGFISHER, 1984.



H. CH. ANDERSEN, CHRISTINE'S PICTURE BOOK, LONDRES: KINGFISHER, 1984.

había estado en Odense un grupo de la compañía de actores y cantantes del Teatro Real, representando una serie de óperas y obras de teatro; la ciudad no se había recuperado todavía de la emoción. Yo, gracias a mi amistad con el chico de los carteles, no sólo había visto todas las funciones desde bastidores, sino que hasta había salido a escena haciendo de paje y pastor, e incluso había tenido un mínimo papel en *La Cenicienta*. [...] La visita de los actores de Copenhague a Odense supuso un acontecimiento importante en la vida de muchos y especialmente en la mía. [...]

### En Copenhague, por primera vez

La mañana del lunes 6 de septiembre del año 1819 vi por primera vez Copenhague desde los altos de Frederiksberg. Bajé del coche con mi atillo y atravesé el parque, la gran avenida y los arrabales de la ciudad. Justo la noche antes había estallado el famoso pogromo contra los judíos, que se propagó por varios países de Europa. Había una gran agitación en la ciudad entera y un gran gentío por las calles, pero a mí no me sorprendía todo aquel ruido y tumulto, respondía perfectamente a la idea que me había hecho de la animación que debía reinar siempre en Copenhague, para mí entonces la metrópoli de las metrópolis. [...]

Mi primera salida fue al teatro; varias veces le di la vuelta al edificio, contemplando sus muros, considerándolo como un hogar que todavía no estaba abierto para mí. [...]

[...] me percaté de que mi fortuna había quedado reducida a un escudo, así que no me quedaba otro remedio que buscar un patrón de barco que me llevara de vuelta a casa o entrar de aprendiz con un artesano; me decidí por lo último, pues si volvía a Odense de todas maneras tendría que meterme de aprendiz y además podía imaginarme que si volvía ahora fracasado iba a ser el hazmerreír de to-

dos y me iban a tomar por loco. En resumen, más valía que me pusiera de aprendiz en Copenhague. Me daba igual el oficio que fuera, al fin y al cabo no se trataba más que de ir tirando. [...]

[...] parece ser que yo tenía un especial talento natural que me convertía en una revelación, por no decir un «fenómeno» verdaderamente original. Yo me creía a pies juntillas lo que la gente me decía y confiaba en la buena voluntad de todos [...].

Me fui a ver a Weyse, que era también de origen humilde y había sabido abrirse camino solo; había comprendido muy bien lo duro de mi situación y había aprovechado la emoción del momento para recaudar setenta escudos para mí, ¡toda una

fortuna! De momento podía ir a recoger diez escudos todos los meses. Escribí enseguida mi primera carta a casa, una carta llena de júbilo en la que daba cuenta de la gran fortuna que me había caído en gracia. Mi madre, llena de alegría, enseñó la carta a todo el mundo; unos la oían admirados, otros esforzaban una sonrisa, vaticinando que no podía salir nada bueno de todo aquello. [...]

Yo, que con tanto entusiasmo había pintado a mi madre el dorado porvenir que me esperaba, iba a tener que volver ahora a casa y convertirme en el hazmerreír de todos. Sabía que iba a ser así y me sentía destrozado. Sin embargo, esta desgracia aparente iba a suponer un paso más hacia un futuro mejor.

# HANS CHRISTIAN ANDERSEN

En el momento en que más desolado me sentía, tratando de pensar en qué hacer o a quién acudir, me acordé de pronto de que aquí en Copenhague vivía el poeta Guldberg, hermano de aquel coronel de Odense que había sido tan amable conmigo. [...] Me asignó los ingresos que sacara de la publicación de un pequeño escrito, un discurso en ocasión del cumpleaños de Federico VI, creo, y como la gente sabía el destino que iba a tener el dinero, tengo entendido que se sacaron más de cien escudos reales [...].

Me encontraba rodeado de los misterios de Copenhague, pero no sabía descifrarlos. [...]

Ya he dicho que no tenía un real, que la patrona se quedaba con todo. Pero a veces iba a hacerle algún recado lejos y entonces me daba ocho reales; decía que me los había ganado y que no quería hacer injusticias con nadie; con el dinero me compraba papel de escribir o viejos libros de teatro. Pronto empecé a sacar gran cantidad de lectura amena de la biblioteca de la universidad [...].

Por aquella misma época el señor Dahlén había escrito el ballet *Armida* y yo tenía que salir haciendo de duende con una máscara horrenda. Johanne Louise Heiberg, que era entonces muy niña, aparecía en el mismo ballet. Es el primer recuerdo que tengo de ella. En el programa de *Armida* figura también su nombre impreso por primera vez como el mío. Fue uno de los momentos más emocionantes de mi vida, la primera vez que veía mi nombre impreso; lo veía ya rodeado de un halo de inmortalidad. [...]

Era mi segundo año en Copenhague; el dinero que me pasaban Guldberg y Weyse había disminuido. Yo me había hecho mayor ese año o por lo menos más pudoroso. Sufría teniendo que hablar a alguien de mis necesidades y mis apuros. Me había ido a vivir a casa de la viuda de un patrón de barco y allí, aparte del alojamiento, no me daban más que una

taza de café por las mañanas. Fueron tiempos difíciles, sombríos. [...]

Desde la más temprana niñez había tenido la idea de que según le fuera a uno el día primero de año, así iba a ser todo el año. Mi mayor deseo para el año entrante era que me dieran un papel en alguna obra y salir a escena, que ya vendrían después los honorarios. Era primero de año y el teatro estaba cerrado, no así la entrada al escenario mismo. [...]

Pasaron los meses y no me daban papel alguno; llegó la primavera y ya iba para el tercer año que andaba por Copenhague; en todo aquel tiempo no había estado más que una vez en el bosque. [...]

Un día de primavera había estado en Frederiksberg; de pronto me encontré en el parque bajo las primeras hayas que habían empezado a retoñar. El sol ponía las hojas transparentes y

había un aroma, una frescura, la hierba estaba tan crecida y los pájaros cantaban de tal forma que yo, embriagado por todo aquello, me puse también a dar muestras de júbilo, y abrazando uno de aquellos troncos empecé a besarle la corteza. En aquel momento me sentía fundido con la naturaleza. «¡Está loco!», dijo un hombre muy cerca mío. Era uno de los guardas del palacio y yo salí corriendo asustado y volví a la ciudad muy callado y formal. [...]

Sentía como nunca antes mi dependencia del favor de los demás; carecía de lo más necesario; en ciertos momentos me asaltaban negros pensamientos sobre mi futuro, otras veces en cambio recuperaba toda mi despreocupación infantil.

La viuda del célebre estadista danés Christian Colbjørnsen y su hija, dama de honor de la princesa Carolina, fue-



Andersen según Arthur Rackham.



INFORMACIONES DANESAS, COPENHAGUE:  
MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES, 1975.

ron las dos primeras personas de la clase alta que acogieron amablemente al niño pobre; me escuchaban con interés y yo las visitaba asiduamente. [...]

La gente seguía diciéndome que debería estudiar; me hablaban continuamente de lo importante y hasta necesario que era; me animaban a que me dedicara al estudio e incluso había algunos que me reñían por no hacerlo, diciéndome que era mi deber y que si no, no iba a llegar nunca a ninguna parte, pero que se veía que yo prefería hacer el vago. Lo decían en serio, pero nadie movía un dedo para ayudarme. Yo pasaba grandes apuros, tenía grandes dificultades para salir adelante. Un día se me ocurrió escribir una tragedia, llevarla al Teatro Real y con el dinero que me dieran por representarla empezar a estudiar. [...]

Después de seis semanas en las que me dediqué a alimentar las ilusiones más descabelladas, me llegó la respuesta, devolviéndome la obra con una carta en la que decía que en un futuro me abstuviera de mandar obras como aquella que mostraban tal grado de incultura. [...]

### La amistad de Jonás Collin

También de aquella época viene mi amistad con el hombre que habría de ser como un padre para mí, con unos hijos que considero como hermanos míos; una familia en la que puede decirse que me he criado. Basta con que diga su nombre, pues bien sabe la gente de alguna edad lo que este hombre ha hecho al servicio de la patria, en beneficio de todos en general y de cada uno en particular; una de las personas de más valía en el mundo de los negocios, con el corazón más noble y generoso, unido a la voluntad más férrea. Se trata del Consejero Privado Jonás Collin. Entre sus muchas y diversas ocupaciones se contaba también la de ser director del Teatro Real. [...] Collin había hablado de mi caso con el rey Federico VI, que ha-

bía tenido a bien asignarme por algunos años un tanto para mi sustento de los fondos del erario público, y la Dirección de Escuelas de Bachillerato me había concedido una beca para el instituto de Slagelse, donde acababan de poner a un rector nuevo, que tenía fama de ser muy enérgico. Me quedé mudo de la sorpresa, jamás hubiera pensado que mi vida fuera a tomar ese rumbo; me sentía raramente impresionado y no podía imaginarme muy bien el futuro que me esperaba. [...]

Un bello día de otoño salí de Copenhague en la diligencia para empezar la vida de colegial en Slagelse, donde también habían estudiado Baggesen e Ingemann. A mi lado iba sentado un joven estudiante que acababa de pasar su examen y que viajaba a Jutlandia para presumir de bachiller y visitar a parientes y amigos, y estaba que se moría de la ilusión de pensar en la nueva vida que le esperaba; me aseguró que se sentiría el ser más desgraciado del universo si estu-

viera en mi lugar y tuviera que empezar a ir al instituto. Era sencillamente espantoso. Sin embargo, yo iba contento. Le había escrito a mi madre una carta rebotante de felicidad y lo único que sentía es que mi padre y mi abuela no vivieran ya para ver que por fin iba a estudiar en el instituto. [...]

Yo no había vuelto a mi ciudad natal desde que saliera a correr aventuras; mientras tanto había muerto la abuela y también el abuelo. Mi madre me había hablado muchas veces de pequeño de la fortuna que me esperaba cuando heredara al abuelo, que tenía casa propia; se trataba de una casa de maderas entramadas, pequeña y pobre, que se vendió a su muerte y enseguida se derribó. La mayor parte del dinero se fue en pagar impuestos pendientes. [...]

Charles Dickens habla en sus novelas de las penalidades de los niños pobres. Si hubiera visto lo que yo estaba pasando y sufriendo, no lo hubiera encontrado menos duro o menos digno de un relato humorístico. Hay cosas en la vida de uno que están tan enlazadas con la vida de otros, que uno no tiene derecho sobre ellas, como si no fueran propias; por eso no quiero hablar, como no quise hablar ni quejarme en aquel tiempo, de ninguna de las personas que me rodeaban, sino únicamente de mí mismo, que, y de ello estaba convencido, había elegido un camino totalmente equivocado, pues sólo servía como objeto de conmiseración y de burla. Mis cartas de entonces a Collin reflejaban un estado de ánimo tan sombrío y desesperado, que le conmovieron profundamente. [...]

En septiembre de 1828 terminé el bachillerato; precisamente ese año era decano Oehlenschläger, que me dio la bienvenida al mundo universitario con un cordial apretón de manos; a mí me emocionó como si fuera un acto de una importancia enorme; tenía ya veintitrés años pero era todavía muy infantil en mi manera de ser y de hablar [...].



Danna Hindring fandtes efter  
 H. C. Andersens Død paa hans bryst.  
 Den indeholdt et langt Brev fra hans  
 Ungdomsveninde, Riborg Voigt.  
 Jeg brændte Brevet inden det var det.  
 Collin



Sobre la bolsa que Andersen tenía colgada al cuello hay una anotación de Jonás Collin: «Esta bolsa de cuero fue hallada después del fallecimiento de Andersen descansando sobre su pecho. La bolsa tenía dentro una larga carta del amor de su juventud, Riborg Voigt. Queme la carta sin leerla. J. Collin.»

iba a estudiar para teólogo; ella ocupaba todos mis pensamientos, pero me iba a llevar una gran decepción, porque amaba a otro y se casó con él. Hasta muchos años más tarde no he llegado a comprender que fue lo mejor para ella y para mí. Acaso ni siquiera pudo darse cuenta de la profundidad de mis sentimientos, de la huella imborrable que dejaron en mí. Se convirtió en excelente esposa de un hombre de bien y en madre feliz. [...]

En mi *Viaje a pie* y en muchas otras obras mías había mostrado una especial inclinación por la parodia. Mucha gente desaprobaba esa predisposición natural, de la que no pensaban que pudiera salir nada bueno. La crítica seguía insistiendo en ello sin darse cuenta del cambio que se había producido en mí, que mi corazón albergaba ahora sentimientos más profundos. Para Año Nuevo salió un nuevo libro de poemas: *Fantasías y esbozos*, en el que daba testimonio de la pena que entristecía mi corazón. Una opereta que escribí por entonces, y que lleva por título *Despedida y reencuentro*, refleja también en cierta forma mi historia sentimental, con la sola diferencia de que ahí se trata de amor correspondido. [...]

Por aquel entonces se empezaba a conocer a Heine, y a los jóvenes nos embelesaban sus poemas. [...] estaba entusiasmado, había encontrado un poeta que expresaba mis mismos sentimientos y que hacía vibrar mi alma con fuerza. Iba a ocupar en mi corazón el sitio que antes tuviera Hoffmann, quien, como puede verse en *Viaje a pie*, era el que más influencia había tenido hasta entonces en mi poesía. Puede decirse que en mi juventud sólo hubo tres autores que me llegaron verdaderamente al alma: Walter Scott, Hoffmann y Heine. [...]

En la primavera de 1830 salí por primera vez de Dinamarca. Vi Lübeck y Hamburgo. Todo me sorprendía y me interesaba; todavía no había ferrocarril y la carretera ancha y arenosa atravesaba las landas de Lünemburgo,

Fueron unas semanas muy agradables. Yo aproveché para escribir un par de poemas burlescos, como uno que lleva por título *El ladrón de razones*, y sobre todo estuve muy ocupado escribiendo una novela que iba a llamarse *El bufón de Christian II*, y pasé también el tiempo reuniendo material sobre la época. [...]

En mi viaje había visitado una rica mansión en una ciudad sin importancia, y allí descubrí de repente un uni-

verso desconocido y tremendo, algo que siendo tan grande, puede encajarse en cuatro versos:

Hace poco tiempo vi dos ojos pardos,  
 mi hogar y mi mundo en ellos he hallado,  
 derraman dulzura, inocencia y paz,  
 jamás en la vida los he de olvidar.

Volvimos a encontrarnos allá por el otoño en Copenhague. Yo tenía montones de proyectos para el futuro; iba a dejar de escribir versos, que a fin de cuentas no me servían para nada, e

# HANS CHRISTIAN ANDERSEN

que eran como las describe Baggesen en *El laberinto*. [...]

Ørsted me había dado una carta de presentación para Chamisso, que vivía en Berlín. Me abrió la puerta él mismo. Era un hombre alto, con aspecto serio, la mirada franca y un pelo que le caía en grandes bucles por los hombros. [...] Chamisso leía danés, le

regalé mis poemas y él fue el primero que me tradujo, la persona que introdujo mi obra en Alemania. Esto decía de mí: «Además de tener ingenio, un gran sentido del humor y la ingenuidad del pueblo, Andersen domina también un tono que despierta resonancias más profundas. Tiene una enorme facilidad para crear con tra-

zo simple pero certero cuadros y paisajes que, si a veces no nos dicen tanto, es por no estar suficientemente familiarizados con la tierra natal del poeta. Quizá las traducciones no hagan del todo honor a su obra».

Chamisso se convirtió desde entonces en un fiel amigo. [...]

Mis amigos de Copenhague tuvieron que admitir que el viaje por Alemania me había sentado muy bien. Me apresuré a poner por escrito mis impresiones del viaje y las publiqué en un libro que titulé *Sombras chinescas de un viaje por el Harz y la Suiza sajona*, que más adelante se tradujo al alemán y al inglés. [...]

De finales de 1828 hasta 1839 tuve que vivir exclusivamente con lo que sacaba escribiendo. No me pagaban mucho y tenía que hacer unos esfuerzos enormes, especialmente porque tenía que poner cuidado en vestirme como correspondía a los círculos que frecuentaba. No se ganaba nada con las colaboraciones en las revistas y uno no podía pasarse la vida produciendo a toda mecha. Traduje un par de obras para el Teatro Real y escribí unos libretos de ópera. [...]

## Groseros anónimos

De este período de mi vida recuerdo sobre todo los ataques anónimos, las groseras cartas traídas por un mensajero, en las que autoridades desconocidas se mofaban de mí de la manera más infantil y descarnada.

Hay un dicho que reza: «Del árbol caído todos hacen leña». Yo pude comprobarlo entonces en mi propia carne; en todas partes no se hablaba más que de mis faltas. A nadie puede extrañar que me resintiera bajo una carga tan agobiante. Entonces iba a quejarme a los que se decían amigos míos y éstos lo que hacían era correr la voz por toda la capital, que a veces más bien parece un pueblo pequeño. [...]

Por aquel entonces solicité una bolsa de viaje. Desde niño se me había



INFORMACIONES DANESAS, COPENHAGUE: MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES, 1975.

Andersen en 1865, fotografía de C. Weller.



Jenny Lind, «El Ruiseñor Sueco». Andersen la conoció en 1840.

educado en la más ferviente veneración por el monarca danés, el rey Federico VI, y no veía otra forma de expresarle mi reconocimiento que llevándole un libro mío, que su Majestad había consentido en que le dedicara. [...]

La gente pensaba que yo había dado ya de sí lo que podía, que más arriba no iba a llegar nunca, así que si quería viajar, tenía que ser ahora. Yo me daba cuenta de que los viajes eran para mí la mejor escuela. Pero me habían dicho que si quería que se atendiera mi solicitud, tenía que llevar una especie de recomendación de nuestros escritores más importantes y hombres de ciencia más doctos, acreditando que era verdaderamente un poeta, pues precisamente aquel año había muchos jóvenes excelentes que

pedían una beca; si no presentaba alguna recomendación especial, iba a ser difícil que me tuvieran en cuenta.

Conseguí reunir las recomendaciones necesarias. Debo haber sido el único poeta en la historia de Dinamarca que ha tenido que presentar un certificado declarando que de verdad es poeta. Que yo sepa, ningún otro había necesitado recomendación alguna para que se le concediera una ayuda de viaje. [...]

Las recomendaciones surtieron su efecto y se me concedió la bolsa de viaje. [...]

En el momento de la partida me vino a la memoria el recuerdo de los amigos. Entre otros ya mencionados tengo que referirme a dos en especial, que en aquel tiempo tenían gran importancia para mi formación tanto

personal como literaria. Uno era la señora Læssøe, hija de aquel Abrahamssen que había escrito *Quieres, hijo mío, prosperar en el mundo* [...].

Otra persona de gran valor para mí era uno de los hijos de Collin, el joven Eduard, que hoy ostenta el cargo de Consejero de Estado. [...] Como no había tenido amigos en la juventud ni en la infancia, deposité en él toda la ternura de mi alma. [...]

Salí de Copenhague el lunes 22 de abril de 1833. Al momento de partir estaba terriblemente emocionado y rogué a Dios con el mayor fervor que me permitiera sacar tanto provecho del viaje, que fuera capaz de producir una gran obra literaria, y si no, que no volviera nunca y que muriera en tierra extraña, lejos de Dinamarca. [...]

Algún tiempo después escribí una tragedia que llevaba por título *La mora*, esperando acallar así las malas lenguas y demostrar que tenía talento dramático. Además, con lo que sacara por esta nueva obra, unido a algún dinero que había ahorrado, tenía el proyecto de viajar otra vez al extranjero, incluso hacer un viaje bastante largo, no sólo ya a Italia, sino llegar hasta Grecia y Turquía. Todo el mundo reconocía que mi primer viaje había sido de gran provecho para mi desarrollo intelectual y también yo sentía que la vida y el mundo eran mi mejor escuela; tenía verdaderas ansias de viajar, de enriquecer mis conocimientos acerca del hombre y de la naturaleza. En mi forma de pensar y sentir era todavía como un muchacho. [...]

### Por segunda vez en Italia

Era el mes de octubre de 1840. Iría por segunda vez a Italia y pasaría desde allí a Grecia y Constantinopla. Este viaje lo he contado a mi manera en *El Bazar de un Poeta*. [...]

Por aquel tiempo se observaba una gran animación en la vida política danesa, cosa que tenía sus ventajas pero

# HANS CHRISTIAN ANDERSEN

también sus inconvenientes. [...] Yo, por mi parte, no sentía ninguna necesidad de mezclarme en tales asuntos, ni tenía aptitudes para ello. Además que considero que en nuestros tiempos la política es una desgracia para muchos poetas. Doña Política es la Venus que los atrae hacia su monte, donde encuentran la perdición. A esa poesía le pasa lo que a la prensa diaria, que se coge, se lee, interesa un momento y después se tira. [...]

Entre las familias más ilustres del país me he encontrado siempre con gente amable y bondadosa, que ha sabido apreciar las cosas buenas que hay en mí y me ha acogido en su círculo de amistades. Estas personas me han invitado también muchos veranos a sus propiedades en el campo, donde he podido gozar libremente de la naturaleza, de la soledad de los bosques y de lo que es la vida en las casas señoriales; allí fue donde descubrí verdaderamente el paisaje danés y allí escribí la mayoría de mis cuentos y mi novela *Las dos baronesas*. [...]

Toda esa vida en los más diversos ambientes influyó mucho en mi personalidad; he visto la misma nobleza humana entre la aristocracia que entre la gente más humilde; en lo bueno nos parecemos todos. [...]

De todo lo que he escrito lo que más se considera en Dinamarca son, sin duda alguna, mis cuentos. [...], aunque hay que decir que el éxito lo han tenido con el tiempo, pues la acogida que se les dispensó en un principio no fue precisamente como para dar ánimos a nadie. [...]

En un momento en que lo que hubiera necesitado era que se me dieran ánimos para continuar por aquel camino nuevo que había emprendido, lo que se hizo fue censurarme.

Muchos amigos, cuya opinión yo tenía en gran estima, se empeñaron también en disuadirme de escribir cuentos pues, según la mayoría, carecía de talento para ello y además no era del gusto de la época. Otros opinaban que si pretendía escribir cuen-



*Riborg Voigt, el gran amor de juventud de Hans Christian Andersen.*

tos, debería estudiar primero los modelos franceses. [...] Pero la necesidad que yo sentía de escribir cuentos era tan grande que no pude dejar de hacerlo. En el primer librito había narrado viejos cuentos que había oído de niño; los había narrado en el mismo tono natural en que los recordaba, pero sabía que la crítica iba a censurar ese lenguaje mío; por eso, para

que el lector supiera a qué atenerse, había llamado a mis narraciones *Cuentos para niños*, aunque mi idea era que fueran también para los mayores [...].

## **Escribir cuentos**

Cada vez tenía más ganas de escribir cuentos, no podía evitarlo; el aso-

# Mi deuda con Andersen

Ocurrió en 1970. No fui culpable del tremendo gazapo, pero podía parecerlo. Era en mi emisión «Biblioteca Joven», cuyo guión literario y organización llevaba yo desde hacía tres años en TVE, tras haber conseguido mi propuesta de hablar de libros infantiles en el programa *Con vosotros*. El 2 de abril de 1970, planeé un buen homenaje a Andersen, aprovechando para explicar por qué la fecha del nacimiento de Andersen —el 2 de abril— había sido la elegida por el IBBY (International Board on Books for Young People) para celebrar el Día del Libro Infantil.

Haciendo una síntesis de su obra, expliqué cómo el gran escritor danés se reflejaba personalmente en sus cuentos y en especial en *El patito feo*, y luego le di al guionista técnico una buena edición del cuento de *El patito feo* para que lo representaran. Y aquí fue mi choque tremendo. Estaba viendo la representación del bello cuento, cuando, de pronto, ante el patito lloroso, veo salir una reluciente hada con su varita y convertir el pato en cisne. No me desmayé porque no sabía cómo hacer para desmayarme, pero lancé un bramido.

¿Cómo podían destrozarse la mara-

villa del cuento real, para añadirle algo tan lejos de *El patito feo*, que realmente era un cisne, con una cursi hada? Llamé a Prado del Rey, vomité insultos, y dije que debía arreglarse enseguida. Me calmaron diciéndome que a veces una enmienda complicaba las cosas. «Mejor no menearlo», etcétera. Total, que deseaba que nadie hubiera visto tal emisión. Pero no fue así, y tuve que asegurar muchas veces que no había sido culpa mía. Nadie que me conociera podía culparme, pero pasé un año entero con aquel tremendo trauma.

Conseguí que el 2 de abril de 1971 me hicieran la más bella de las disculpas. Montaron la emisión con una aparición de Andersen enfurruñado, «agradeciendo» con su paraguas a la presentadora y al guionista: «¿Son ustedes los culpables de aquella monstruosidad de hacer salir una hada en mi *Patito feo*?». Se le pidió perdón y se representó un precioso *Patito feo* con auténtico final feliz.

Desde entonces, y desde mi profesión de crítica de libros infantiles, siempre he lanzado mi espada a favor de Andersen, para censurar a los editores, e incluso a los adaptadores de cuentos populares, cuando en-



ANDERSEN.

globan tranquilamente el nombre de Andersen con los de Grimm y Perrault. Y repito treinta mil veces que tanto el académico francés Charles Perrault, como los bibliotecarios alemanes Jacob y Wilhelm Grimm, eran excelentes recopiladores de los cuentos populares de las tradiciones orales de Francia y Alemania, tal como Giacomo Basile lo fue de las narraciones italianas antes de los folcloristas citados. Pero Hans Christian Andersen fue el auténtico creador de sus cuentos. Todos ellos eran originales, y únicamente *El vestido nuevo del emperador* está inspirado en *El paño maravilloso* que encontramos en los cuentos de *El Conde Lucanor*, de nuestro Don Juan Manuel. Los demás, sólo los copió de su propia vida, puesto que en casi todos encontramos fragmentos de su biografía. Empezando, naturalmente, por *El patito feo*, ya que el maravilloso cisne que fue como escritor surgió gracias a la fealdad que le impidió ser actor, una de sus primeras vocaciones.

Aurora Díaz-Plaja.

mo de complacencia que algunos habían mostrado con los cuentos de mi propia invención, hizo que me animara a escribir más [...]. Todas las navidades salía uno y pronto se convirtieron en el típico regalo de Pascuas; había un ejemplar debajo de cada árbol. Incluso se empezó a contarlos en escena, lo que por lo menos no era tan aburrido como aquellas obras decla-

madras de las que estábamos tan hartos. [...]

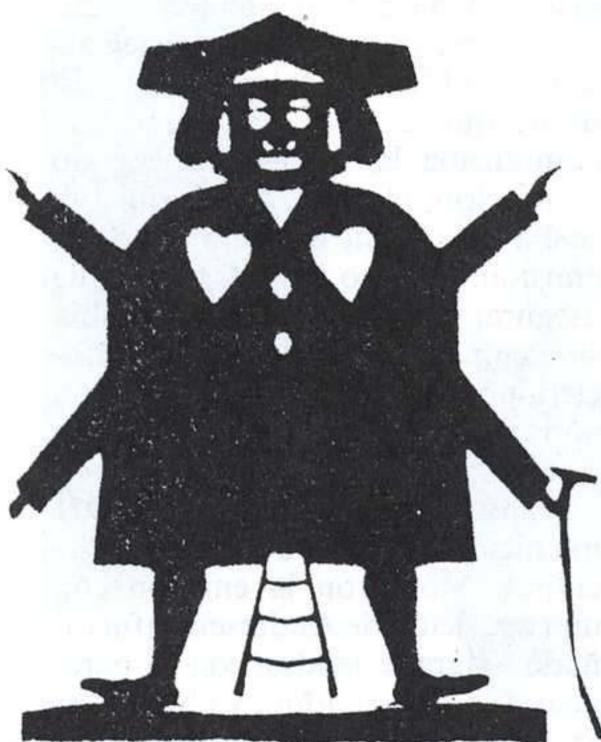
Como ya he dicho, para que los lectores no se esperaran otra cosa, había titulado mis primeras narraciones *Cuentos para niños*; las había escrito en el mismo lenguaje y con las mismas expresiones con que se las contaba de palabra a los pequeños y estaba convencido de que gustaban a

gente de todas las edades; lo que más divertía a los niños era lo que podíamos llamar los adornos; a los mayores, en cambio, lo que les interesaba eran las ideas que había detrás. Los cuentos pasaron a ser lectura de niños y mayores y yo creo que ésa es la meta a que debe aspirar todo narrador de cuentos. Empezaba a ganarme el corazón de la gente; entonces suprimí el

## Aquel hombre que tantos cuentos sabe

Contradictorio, ignorante, sabio, ingenuo, ladino, bondadoso y rencoroso Ala de Cisne. El niño pobre aprendió desde la cuna a doblar el espinazo ante los poderosos, y seguirá haciéndolo de por vida. Pero a menudo se burla de ellos, cruelmente, por boca de sus muñecos-títeres. Mientras escribía sus cuentos, seguían hablando sus muñecos, seguía hablando él. A despecho de tantas como llegó a recoger, y a crear, Ala de Cisne sólo narró una sola historia: la suya propia. Esa que está en todos sus cuentos y que se elude y desvanece en *El cuento de mi vida*; Hans Ala de Cisne fue, sin duda, un redomado embustero, al que apasionaban las sombras chinescas, todo escamoteo de la aparente realidad. Porque su realidad fue siempre otra. [...]

Se ha dicho repetidamente que Ala de Cisne amaba a los niños. Pero esta afirmación se desvirtúa un tanto si se tiene en cuenta que él era, tan sólo, uno más entre ellos. Prefería su compañía, porque eran su compañía natural, los únicos entre los que no precisaba careta ni disfraz. Hasta el último de sus días, fue un niño. Acertó donde jamás creyó acertaría, logró lo que jamás pensó conseguir, se equivocó donde más empeño puso en deslumbrar a «las personas mayores...». Asexuado, intemporal, inocente y sabio, quisquilloso y vengativo, fue, como todos los niños del mundo, profunda, inmaculadamente egoísta. El egoísmo de todos los niños reside en cada niño. El egoísmo de todos los niños



ANDERSEN.

del mundo tiene refugio, y cómodo asiento, tras el teatrillo de títeres. Como no conocía el mundo, lo inventó. Como no conocía a los hombres, los inventó. Hubo de expresarse en una lengua hablada por muy pocos, aprendió a leer y escribir muy tarde; y, sin embargo, tuvo por lectores preferentes al pueblo más numeroso de la tierra: todos los niños del mundo. Que se tenga noticia —hay otros casos, pero carecen de pruebas— sólo él y Peter Pan no crecieron jamás.

Ana María Matute.

Fragmento extraído del prólogo del libro *La sombra y otros cuentos* (Madrid: Alianza Editorial, 1973).

«para niños» y publiqué tres libritos más, ahora bajo el título de «nuevos cuentos», todos de mi propia invención. [...]

Mis *Cuentos* tenían buena prensa, tanto fuera como dentro de Dinamarca, y eso me daba fuerzas para resistir las ofensas que pudieran hacerme por otros lados. Por fin se me aceptaba. Era como si un rayo de sol me calentara el corazón. Me sentía animoso y contento y deseando hacer muchos progresos en aquel campo, penetrar en los secretos del mundo de los cuentos, estudiar a fondo el rico manantial de la naturaleza, de donde había de beber mi inspiración, y es verdad que si se leen mis cuentos siguiendo el orden en que han sido escritos, se notará una progresión tanto en la profundidad del pensamiento como en el dominio de los medios de expresión e incluso, si se me permite decirlo, una mayor frescura y naturalidad. [...]

De aquella época data una amistad de gran importancia para mí; antes he hablado de diversos personajes públicos que han influido mucho en mi carrera literaria, pero nadie ha podido ejercer en mí más provechosa influencia que la persona a la que voy a referirme ahora. De ella aprendí a olvidarme de mi propio «yo» y descubrir la esencia sagrada del arte; a reconocer, en suma, la misión que Dios me había encomendado como poeta.

Tengo que remontarme al año 1840. Un día, en el hotel de Copenhague en que vivía, leí en el tablón de anuncios, entre los nombres de otros huéspedes de Suecia, el de Jenny Lind. Ya por entonces sabía que era la primera cantante de Estocolmo; aquel mismo año había estado en el país vecino, donde se me habían dispensado toda clase de honores, y me pareció oportuno ir a ponerme a disposición de la joven artista. [...]

Yo la quería como un hermano y me sentía dichoso de haber encontrado un alma como la suya. [...]

Después de su partida, seguimos en



Andersen hacia 1850, daguerrotipo.

contacto por carta; yo la quería muchísimo. Volvimos a vernos en Alemania e Inglaterra; sobre nuestra amistad podría escribirse un libro entero, pero quiero decir sólo una cosa: que con Jenny Lind descubrí la esencia sagrada del arte, con ella aprendí que hay que olvidarse de sí mismo en aras de algo superior. Durante largo tiempo no ha habido persona que tuviera en mí influencia tan benigna como Jenny Lind, y por eso guardo como el bien más preciado su recuerdo.

Corría el año 1848, año explosivo, en el que las grandes tempestades de la época iban a salpicar también de sangre a nuestra patria. [...]

Había una gran agitación en toda Europa. En París había estallado la revolución y Luis Felipe abandonaba Francia con su familia. La oleada de revueltas se propagó a las ciudades alemanas; aquí, en Dinamarca, no lo

sabíamos todavía, más que por la prensa. Sólo aquí reinaba todavía la paz; aún se podía respirar tranquilo, ir al teatro y gozar de los placeres de la vida. Pero la paz no iba a durar mucho, la borrasca se estaba acercando a Dinamarca. De repente, estalló la revuelta en Holstein. La noticia se propagó como un rayo, estremeciendo a todo el país. [...]

Grandes grupos de gente recorrían, día y noche, las calles cantando canciones patrióticas; no es que se sobrepasara nadie, pero producía cierto desagrado encontrarse con aquellas hordas de gente extraña con rostros desconocidos. Diríase que se trataba de otra raza. Muchos partidarios de la paz y el buen orden decidieron, por ello, sumarse al tumulto callejero para impedir que se desbordara. Yo también formé parte del comité encargado de mantener el orden [...].

## Un corazón danés

Yo sufría muy especialmente con aquella infortunada guerra; sentía, más que nunca, las profundas raíces que tenía en esta tierra, lo danés que era mi corazón; hubiera querido alistarme y dar la vida por la victoria y la paz, pero al mismo tiempo, no podía dejar de pensar en todo lo que debía a Alemania, en la aceptación que había tenido allí mi obra y en la cantidad de alemanes a que me sentía unido por lazos de gratitud y afecto. Todo aquello me hacía sufrir muchísimo y, por si fuera poco, algún que otro fanático, como si percibiera mi dilema, descargaba contra mí toda su amargura y su furia. [...]

El año de 1850 empezó con una gran tristeza para mí, una gran tristeza para Dinamarca y para las Bellas Letras. En mi primera carta del año a Weimar, comunicaba la dolorosa noticia:

Oehlenschläger ha muerto el veinte de enero, el mismo día que Christian VIII y casi a la misma hora; dos veces me pasé aquella tarde a ver a Oehlenschläger, sabía por los médicos que estaba a las puertas de la muerte, y al pasar por Amalienborg, miré las ventanas apagadas del palacio y me estremecí al pensar que hace dos años temía por la vida de mi amado Rey y hoy estaba lleno de inquietud por otro rey: el rey de la poesía. Fue una buena muerte.

Pero el año cincuenta fue también el año de la victoria. Cuando llegó la noticia de la batalla de Idsted, casi no pude alegrarme del triunfo de nuestras tropas, pues me acongojaba la muerte de tantos hombres y, especialmente, la de Læssøe; escribí a su madre a media noche; no sé qué fuerzas le dio Dios para soportar aquella pérdida tan grande.

Tras la lucha y la victoria nos sonrió la paz —esa paz que esperábamos con el corazón ansioso—. ■

\* Fragmentos extraídos de *El cuento de mi vida I y II* (Madrid: Ediciones de la Torre, 1987), traducidos por Pilar Lorenzo.